

## I

Eran las nueve de la mañana cuando don Castor García Hoyos, escritor y periodista, que fue corresponsal de importantes periódicos diarios en varios países durante dilatados períodos de tiempo, abrió la ventana de su habitación situada en el segundo piso del hotel Central. Miró el cielo azul por los huecos que dejaban los frondosos árboles del parque cuyas hojas apenas se movían. Bebió su café con leche. Parsimoniosamente se lavó, se vistió (la ropa se la habían dejado perfectamente colocada sobre el sofá), y se dispuso a salir a la calle a cumplir su tarea matinal.

Su tarea era escribir antes de la hora del almuerzo el artículo diario comprometido con un periódico nacional. Ese tipo de trabajo, que atendía por contrato, lo realizaba con una disciplina muy rigurosa y dentro de un horario estricto, a rajatabla, pasara lo que pasara, salvo enfermedad o fuerza mayor. Era una obligación asumida y cumplida como si se tratara del trabajo de un puro oficinista. Las raras ocasiones en que no tuvo encargo fijo escribía el artículo con el mismo rigor que si estuvieran esperándolo en la redacción de un periódico.

El hecho de tener que ponerse a trabajar a una hora precisa, sin excusa posible, lejos de parecerle molesto le resultaba agradable. Era su reencuentro diario con su vida más real, que asumía con la ilusión que alguna vez tuvo perdida. Además le imponía la necesidad de madrugar relativamente y establecía en su vida un orden admitido de antemano que seguía de forma mecánica.

Desde que adoptó la costumbre con carácter férreo, le resultaba mucho más fácil iniciar cada jornada. El hecho de tener que cumplirla de forma automática la convertía en una especie de liturgia. Se lo dijo el Padre Ángel, años atrás: “Los

curas tenemos resuelto, al menos, el comienzo del día, porque tenemos que cumplir una liturgia que nos viene marcada por una sabiduría superior. Inventa una para ti". Él, sólo con aquel horario, tenía predeterminada la suya. Al rito del horario le añadía la práctica de ciertos hábitos. Pero todo impulsado por conseguir un ritmo vital que a veces le faltó y con el ánimo de concluir la tarea que se marcaba.

La segunda de las costumbres era salir a la calle por obligación. Jamás trabajaba en casa. El escenario elegido para escribir era siempre un café que, si –por renovación o nueva instalación– se llamaba cafetería, él rebautizaba. Le disgustaba que se les cambiara el nombre genérico a esos locales por usos nuevos que no le gustaban.

Esa costumbre antigua de cobijarse en un café, quizá heredada de otros, procedía de tiempos heroicos en que ni tenía otro lugar ni conocía otro sitio donde estar en medio de la gente, enterarse de lo que sucedía a su alrededor y hacerse notar. Enseguida aprendió que allí lo difícil era aprovechar el tiempo que tanto se perdía en charlas inútiles. Pero él lo conseguía alejando inoportunos, simulando –muchas veces sólo aparentando– trabajar. En medio del bullicio circundante se había acostumbrado a mantener la concentración necesaria para escribir.

Cuando estuvo vestido se aventuró a bajar la empinada escalera de madera crujiante cubierta con una gruesa y deshinchada alfombra. Lo hacía con cuidado, sujetándose a la barnizada barandilla. Su intención con aquel descenso era hacer gimnasia de rodillas, para reponerlas de sus largas horas sentado. Era el único ejercicio físico que practicaba y al tiempo evitaba la inseguridad del desvencijado ascensor. Aquel trasto de madera sólo le parecía seguro para subir, porque para eso era inevitable utilizarlo.

En pleno verano (y aquél estaba en sus postrimerías) vestía con un estilo que él juzgaba como inglés colonial, pan-

talones de color crema, zapatos marrón claro, y una especie de chaqueta acabada en mangas que se podían abrochar con botones y que recordaba remotamente a las de los exploradores de África, del mismo color que los pantalones. La camisa, azul claro, bordada con sus iniciales y con gemelos. Todo muy limpio y planchado. En esa estación se concedía la licencia de no usar corbata.

Habían transcurrido tres meses desde que se instalara en aquel hotelito de capital de provincia, en el que ocupaba tres habitaciones con su familia. Se lo recordó el encargado de la recepción:

–Don Castor, hoy hace tres meses que llegaron ustedes.  
Y él dijo:

–Pues no sabe lo cortos que se me han hecho gracias a las atenciones de todos ustedes.

Ya en la calle, notó cómo un vientecillo fresco le acompañaba hasta el café. Aunque era una hora temprana para hacer pronósticos fiables, le pareció que se anunciaba un cambio de tiempo que, casualmente, había hecho coincidir con los planes del viaje de regreso. Esa coincidencia le agradaba, porque no era lo mismo plantearse el regreso en plena e irremediable canícula que ante una promesa cierta de otoño.

Aquél había sido un verano estupendo. Carla había estado feliz, o eso decía. Los chicos también. El hotelito que le habían buscado, el mejor de la ciudad, era confortable, limpio y barato. Apenas un par de días de fiebre le hicieron recordar que no tenía buena salud. Y hasta eso fue reconfortante al comprobar cómo le querían algunos y se preocupaban de él: se había desplazado el gran médico para visitarle desde Madrid y el médico local, amigo, no dejó ni un día de verle en los diez o doce siguientes. Había escrito muchas páginas del libro de Memorias, había cumplido todos los compromisos con periódicos y revistas, había vendido los derechos de su última novela, a punto de publicarse, y le habían ofrecido una cola-

boración fija y muy bien pagada, que comenzaría la semana siguiente. Y sobre todo había estado viviendo, durante todo ese tiempo, casi idílicamente, al margen de crisis y conflictos –incluso los que referían los periódicos–, que le podían haber producido cierto desasosiego. Las cuestiones económicas (la eterna preocupación por el dinero) no le habían producido ninguna inquietud. Después de largo tiempo de zozobras, a ese día tenía equilibrados sus gastos y los posibles ingresos por un tiempo. Tras muchos avatares inciertos disfrutaba de una paz desconocida. Era para estar agradecido a la fortuna.

Siguió su camino entre quienes se acumulaban en las aceras porque la calle a esa hora, en días laborables, estaba llena de viandantes. Gentes que iban y venían de hacer compras o gestiones, sin prisa, calmosamente, al ritmo que marca una ciudad pequeña. A muchos se les notaba que procedían de los pueblos próximos. Indecisos formaban pequeños grupos que entorpecían el paso.

Castor se topó con uno de aquellos grupos y hubo de dar un rodeo para salvar el obstáculo, sin apenas mirarles, pensando en su propia situación.

–Ya era hora de que todo fuera bien –dijo en voz alta.

Un hombre que se cruzó con él en ese momento y le oyó, le preguntó si quería algo y él le respondió, consciente y divertido de andar por la calle hablando solo:

–No, muchas gracias. Hablaba conmigo mismo, perdone. Que tenga usted buenos días.

“Hasta le gente desconocida del lugar es amable conmigo”, pensó.

Entró en el café y lo cruzó lateralmente, hasta llegar a la mesa de rincón que le reservaban junto al ventanal. La fachada del local estaba orientada a norte y, como era profundo, el interior quedaba ligeramente oscuro, y para leer se necesitaba luz eléctrica. En su sitio, en cambio, disponía de luz del día. En ese rincón había vivido cada mañana, desde que se

estableció como vecino accidental, aunque casi permanente, en la ciudad. Y desde entonces era una zona especialmente protegida y de algún modo reservada en exclusiva para él durante toda la mañana.

El local era amplísimo y estaba un poco destartado. Se notaba que su fundador, que era un hombre viejo, extremadamente delgado y alto, sentado permanentemente al extremo de la barra y vestido con chaqueta blanca inmaculada, no había hecho la menor reforma desde su primera instalación, aunque los broncees que remataban la barra estaban relucientes. El estado del mármol de los veladores y la tapicería del sofá corrido y de las sillas denunciaban el paso del tiempo. Dos grandes espejos enmarcados con molduras doradas, colgados tras la barra, ligeramente inclinados, permitían que pudieran verse reflejados los clientes que se apostaban junto a ella. Su tamaño denotaba las pretensiones del local en su origen. Y la claraboya del techo, en el centro, cubierta de cristales translúcidos unidos por juntas de plomo que hacían dibujos curvos, prestaba al local el incierto estilo arquitectónico del edificio en que estaba instalado.

La reserva de la mesa se señalaba con una silla volcada sobre el velador y un cartel de “reservada”, lo cual, pese a la redundancia que suponía, evitaba que algún despistado pretendiera ocuparla.

Su presencia diaria en el café, de la que se sentían muy honrados el dueño y el equipo de camareros, determinaba unas formas especiales en la vida del establecimiento. Le guardaban la mesa y mantenían para él un ambiente especial. No se permitía a nadie levantar la voz. Y aunque el lugar era espaciosísimo y él estaba totalmente abstraído en sus lecturas o en sus escritos, todos se cuidaban de permanecer en una especie de silencio mitigado para no distraerle. Además impedían que nadie se acercara a su mesa hasta que calculaban que había concluido la tarea. Sólo al cabo de tres horas de

su llegada, aproximadamente, cuando cerraba la carpeta de los escritos, el volumen de las voces se elevaba, quizá por los propios camareros que empezaban a hablar en voz más alta. Y el café recuperaba sus modos habituales.

Era un escenario inventado hacia muchos años, que había probado y repetido a lo largo de su vida. En todas las ciudades en que vivió lo instalaba. Su localización era una de las primeras gestiones que hacía, si no la única, cuando llegaba a un lugar con intención de quedarse algún tiempo. Elegía el local y dentro de él la ubicación que prefería. Y a partir de entonces, misteriosamente, se producían una serie de circunstancias. El café elegido se convertía en su propia casa para él y para los que le atendían, y adquiría una vida especial para los usuarios habituales o esporádicos. A todos –al ser un lugar público todos tenían libre acceso y a todos los rincones– se les imponía, sin que nadie lo ordenara, la condición de que nada interrumpiera el trabajo de don Castor. La gente de servicio del café se convertía en servidores particulares suyos, aunque él los compartía generosamente con los demás clientes. De alguna manera el café vivía alrededor de sus hábitos, y él aceptaba todo eso con la naturalidad de quien lo tenía experimentado y pensaba, convencido, que le era debido y que era lo más natural que podía suceder.

Nada más sentarse y antes de iniciar el trabajo, el limpiabotas le lustraba los zapatos. Era un atildamiento diario con el que posiblemente quería combatir el horror, que siempre tuvo, a la miseria y la suciedad, y que él justificaba, cuando era preciso, diciendo que era una necesidad. Decía, –y lo creía–, que así como los cinco primeros cigarrillos le estimulaban el cerebro, la limpieza de zapatos estimulaba la circulación de la sangre de sus huesudos pies.

Con el buen ánimo con el que llegó, la sensación de frescor y el recuerdo del regreso próximo, fumó un cigarro y bebió el café con leche mientras preparaba el material de

trabajo. Escribió con gran facilidad su columna diaria de periódico que dedicó al otoño que llegaba. Lo releyó, miró por el ventanal, y viendo a la gente con ropa veraniega que caminaban buscando la sombra, como si hubiera cometido un desatino, guardó los folios y se dijo: “Con éste iniciaré la nueva colaboración”. Y ya, más en las circunstancias del día, como queriendo reparar el relativo anacronismo del artículo escrito, escribió otro sobre la acogedora protección de los refugios contra el sol, que pasarían pronto a ser guaridas contra el frío, donde habría que cubrir los brazos que ahora se mostraban desnudos. No quería desembarazarse de la idea del otoño cuya llegada presentía próxima.

En mañanas así de plácidas era capaz de escribir varias columnas sin apenas esfuerzo. Procuraba que fueran temas muy distintos y, por la práctica de tantos años –costumbre al fin– todos le salían siempre con un tamaño igual y un formato similar que él se divertía en alterar. La dimensión era siempre la misma y se trataba de romper aquel orden preestablecido que le salía mecánicamente. Después de un comienzo, que procuraba que fuera brillante, alargaba el texto hasta el límite, o lo acortaba, y el final lo hacía largo, larguísimo, o concluía en una sencilla frase, o con una simple palabra. De vez en cuando le surgían, sin buscarlas, palabras nuevas que le divertían especialmente aunque procuraba utilizarlas con mucha mesura para no parecerse a algún escritor que detestaba.

Se entretuvo aún en iniciar otra columna. Escribió al comienzo: “Dios”, y al final también “Dios”. Le gustaba trivializar lo profundo y solemnizar lo trivial. Se trajo al Dios bondadoso entre las gentes que deambulaban al otro lado del ventanal, que no lo notaron cerca y luego lo devolvió a su insondable silencio. Al releerlo, sustituyó el último “Dios” por un “adiós”. Dudó si guardarlo o romperlo. Pero ganó el espíritu de acumular. Más tarde podría retocarlo. Después revisó

las entrevistas que había hecho para el suplemento dominical de un periódico a un famoso actor de cine y a un político italiano. Añadió unas frases, tachó un par de adjetivos, y dio por definitivo el texto.

Cuando consideró concluido el trabajo diario y obligatorio de la mañana, se dispuso a leer los periódicos de Madrid, que cada día le pasaban cuando llegaban al quiosco cercano. Los traía el coche de línea. Y su llegada era una doble señal: era más tarde de la una del mediodía y la carretera de Madrid estaba expedita. En un lugar como aquél, donde no solía pasar nada extraordinario, era muy positivo saber que todo funcionaba de la forma acostumbrada. Es decir, escandalosamente igual que los días precedentes y los sucesivos.

Ojeó los titulares. Leyó un par de artículos de fondo. Eludió las noticias sobre los permanentes conflictos mundiales. Comprobó, de pasada, en las esquelas, que no conocía a ningún muerto cuyo fallecimiento pregonaban deudos afectivos. Al doblar el último periódico y levantarse para ir al cuarto de baño, vio que alguien se acercaba desde una mesa alejada.

—Pero, hombre —dijo— qué alegría, Juan, ya me contarás qué haces por aquí. Discúlpame. Vuelvo en un momento. Siéntate.

—He venido a hacerte una visita.

El recién llegado era un artista medianamente famoso, más joven que él, que vivía en París. Amigo desde hacia tiempo, había sido artífice de un cuadro que, atribuido —con todas las dudas y cautelas del mundo— a otro pintor mucho más famoso y cotizado, les permitió a ambos, con su venta a un empecinado comprador americano, superar con holgura una situación de penuria hacía ya unos años. ¡Qué gran imitador de pintores famosos!

Al regresar a su mesa junto al pintor, pero de pie, estaban dos veraneantes, visitantes ocasionales que algunos días acudían a esa hora para hacer una tertulia matutina que él



alentaba, porque le hacía sentirse distinguido y acompañado. Les invitó a sentarse. Hizo las presentaciones y, como suele suceder, eran todos amigos de amigos, sabían recíprocamente de sus vidas y se informaron someramente de las actividades de cada cual.

El pintor era más bien bajo de estatura, musculado, renegrido y peludo. Vestía de forma informal. Y aunque era verano, que es una época ideal para el desaliño, se le notaba con un punto más de abandono de lo que era normal. Traía aspecto de persona descuidada.

Había venido sólo para hablar con él y por supuesto a solas. Así que, en un aparte, antes de saludar a los otros recién llegados, quedaron en almorzar juntos, lo que le obligó a acercarse a la barra del café para pedir que le hicieran una reserva para dos en un restaurante próximo.

La visita de Juan le intrigó desde que le vio. Era una visita inesperada que le devolvía al mundo azaroso en que siempre vivió y le quitaba la paz en que se había instalado. Le molestaba. Además la forma en que se producía carecía del menor sentido. Él, que era muy formalista en sus relaciones, no entendía que, sin anunciarse, por carta o de cualquier otra manera, hubiera ido expresamente a verle de forma tan sorpresiva. A no ser que fuera algo muy importante. Su casa, que era el café, estaba abierta a las visitas, pero para ser “visitas de café”. Lo indicado era que no le exigieran una especial atención. Las otras, las que implicaban un trato especial, debían anunciarse. Le incomodaba que se alteraran sus costumbres, que él se preocupaba por mantener y hacer respetar. El desagrado que le suponía acentuó que lo encontrara más descuidado y con peor cara. Quizá estuviera en algún problema. De buena gana le hubiera preguntado directamente, pero había gente y podía resultar impertinente. Sin embargo, entre desconcertado y curioso, su presencia le causaba tal interés que apenas podía iniciar una conversación con sus visitantes.

Por el momento se limitó a invitarles a la mesa y llamar al camarero.

Castor tenía asumido que era obligación suya acoger a los visitantes que venían de vez en cuando a charlar y pasar un rato con él, en un acto con el que querían honrarle y en cierto modo rendirle la atención que creía merecer. Hizo un esfuerzo por superar su inquietud y para comenzar la conversación dijo:

—Ya me contarás cómo está la vieja Europa, Juan. ¿Conocías a estos señores?

—No tenía el gusto. Tenemos amigos comunes pero a ellos les he conocido ahora.

—Este señor, gran crítico de cine, en su día escribió mucho de toros. Fue un importante cronista taurino. Lo digo porque ese tema siempre fue uno de tus preferidos.

—Hemos dado muchas vueltas —dijo el aludido.

Castor hizo una seña al camarero. Él sólo tomaba café con leche durante toda la mañana y el camarero, como un autómatas, se presentó con cuatro cafés con leche.

—No, a estos señores sírvalos otra cosa. Lo que ellos quieren.

Siempre le pareció que invitar a café con leche a la una y media de la tarde era como invitar a quitarse el hambre a un bohemio pobre y decírselo a la cara. Acabar la mañana en el café, reunido con amigos o conocidos, en una conversación agradable, era la manera perfecta. Era el momento justo para entablar relación con los demás seres, y siendo el anfitrión, no se le hubiera ocurrido un sitio mejor.

El crítico y cronista, que conocía desde hacía muchos años todos los sucesos de cierto relieve social del país, era un pozo de erudición en temas frívolos y cotilleos de gente conocida. Cuando tomaba la palabra era difícil que la cediera. Hablaba y hablaba hasta agotar sus recuerdos. Si acaso, por respeto a Castor, hacía un breve silencio por si él quería in-

tervenir. Pero a los demás rara vez les dejaba. Cuando hablaba otro, al menor resquicio le quitaba la palabra. Formulaba preguntas a los contertulios, no para que le informaran, sino para preparar un trampolín desde el que renovar su monólogo.

El periodista contó una serie de anécdotas relacionadas con el mundo del toro.

Mientras discurría el monólogo del crítico, a Juan se le acentuaba el aire de apático intranquilo que había traído. Se evidenció de tal forma que, por un momento, se impuso un silencio entre los contertulios. Le miraron un segundo. Pero él, pasándose la mano por el pelo, hundió en la silla su desaliño aún más notorio.

Castor se quedó mirándole. A su inesperada llegada se unía ahora la situación que creaba su aire doliente. Era una molestia más. Acoger a un amigo al que no veía desde hacía tiempo, con el que se sentía obligado, que se presentaba inopinadamente, tener que disimular delante de extraños y ayudarle a superar la pesadumbre que evidenciaba, era una carga insoportable. Sus tertulias matutinas solían ser siempre amables. Y la placidez de aquella mañana, que se había iniciado especialmente agradable, se empezaba a tambalear.

Entre intrigado y molesto se esforzó por seguir la conversación. Era evidente que le pasaba algo, o que Juan tenía un motivo muy especial. ¿Venía sólo a pedir consuelo? ¿Qué querría? ¿Qué le querría pedir o proponer? El recuerdo de la historia del cuadro que habían vivido en común y la conversación en la que le dijo que habría que repetir la hazaña que hicieron Óscar y él en París, pero con más cuadros para salir de la miseria, aún le inquietó más.

Ofreció otra copa a sus visitantes, que rehusaron. Los dos habituales se excusaron porque se había hecho un poco tarde, aunque entendieron que podía ser desairado marcharse con prisa y demoraron lo posible su retirada.

Castor buscó con su habilidad natural un final para aquella tertulia. Deducía que el periodista no había disfrutado con el oficio de gacetillero taurino. Y a modo de epílogo dijo, queriendo reconocer el posterior éxito del periodista:

–No cabe duda de que el triunfo se consigue con esfuerzo, pero hay que reconocer que es fundamental encontrar acomodo en el lugar adecuado. Y además hay que llegar a tiempo. Usted acertó cambiándose a la crítica de cine y a aquellos otros reportajes de espectáculos que tanta fama y prestigio le han dado.

–Creo que sí –dijo el periodista–. Creo que fue un acierto.

Se despidieron. Castor recogió periódicos y portafolios y salieron a la calle. El sol calentaba con la fuerza del mediodía de septiembre.

–Vamos a ir buscando la sombra. Si te quedas en la ciudad, esta tarde podremos ir a ver los árboles que ya empiezan a insinuar un cambio del color verde a los amarillos y rojos.

Juan pensó que era una solución que le daba tiempo para hablar con calma de lo que le traía.

–Me parece una idea buena.

–Además, Carla está en Madrid hasta mañana y te puedo hacer más caso.

Pasaron por el hotel para reservar una habitación para Juan, y él aprovechó para dejar su cargamento de papeles y libros. Caminaban con parsimonia.

–Aquí te acostumbras a no agobiarte y se disfruta haciendo las cosas despacio. Se respira un ritmo tranquilo que se apodera de ti. Y lo que no puedes hacer no agobia, ya tendrá su momento. Me he hecho de la cofradía de los lentos. Todo está a mano. Fíjate que, en apenas cinco minutos, ya estamos en la puerta del restaurante.

–Tú siempre has sido un hombre con mucha calma.

–No, siempre he creído en una liturgia profana, que no

es puramente teatro. En una forma simple para encontrar pequeños ritos con que marcar un ritmo. Sin otra finalidad. Y aquí he tenido una etapa de mucho sosiego. Mi ritmo, salvo el artículo de la mañana y las páginas de Memorias por la tarde, me lo marcan las circunstancias. Me dejo llevar. Si hubiera tenido talento para ello habría buscado en ese ritmo el atisbo de la gran armonía que me hubiera gustado que fuera el objeto de mi vida.

–Fuera de trascendencias mayores, tú lo que has pretendido es hacer las cosas cuando quieres y del modo que quieres, que es lo que has hecho siempre.

–Sí, puede que sea verdad. Pero no siempre he podido. Las cosas no ruedan a gusto de uno casi nunca. Aquí sí he podido. He tenido a mi alcance decidir qué hacer en cada momento sin compromisos posteriores. No me ha acuciado ninguna urgencia. Y, sobre, todo he recuperado la paz que tanto me ha faltado, y hasta cierto punto la salud.

Con dificultad dominaba la acrecentada curiosidad por saber el motivo de la visita. Quería disimularla, y apenas podía. Pero seguro que le traería desasosiego. Ya sentados en la mesa, se apresuró a pedir su frugal comida. Estuvo a punto de decir: “Venga, cuenta”. Pero se contuvo. Las formas, de las que era devoto, y su pretendida liturgia profana, le obligaban a un ritmo y a respetar el de los demás.

–Cuando me dijeron que te habías instalado aquí me extrañó. Siempre te imaginé en una ciudad grande, en el campo o en la costa. Pero nunca en una ciudad de provincias y pequeña.

Castor, decidido a no acelerar la conversación que habían de tener, como si estuviera presentándole la ciudad y sus habitantes, comenzó a hacer una disertación sobre las costumbres de los que ocupaban las mesas contiguas. Como estaban en un restaurante se entretuvo en describirle, cosa que le había tenido sin cuidado hasta ese momento, el uso

que hacían de los bares y restaurantes.

—A pesar de ser un lugar frío —el invierno es larguísimo—, las costumbres aquí son muy sureñas. La vida se hace en la calle. Quizá porque las casas, en general, no son para recibir o no están acondicionadas. Pero lo cierto es que la vida se hace en el bar. Sólo en verano quien tiene una casa fuera de la ciudad recibe allí a sus amigos. Lo habitual es que vayan en grupos a lugares comunes. Y, por supuesto, en esas condiciones, la vida social, en época de frío, la hacen los hombres y en los bares, bueno y los jóvenes de ambos sexos que van a su aire de ruido y música estridente.

—Y ¿cómo fue venir aquí?

—Una casualidad. Yo quería huir de Madrid. Quería un sitio pequeño pero me horrorizaba la idea de ir a un pueblo costero o a la sierra, donde acude gente de vacaciones. Eso me trae malos recuerdos. Quería un lugar donde se viviera con normalidad, con habitualidad. Buscábamos un sitio donde refugiarnos, poder descansar sin el menor compromiso de tener que atender a nadie, y al tiempo, donde yo pudiera trabajar en mi obra, que tuviera una temperatura soportable en verano, y donde hubiera médicos, farmacias, buena comunicación con Madrid y hasta servicio de taxis. Aquí hay de todo. En cuanto a la ciudadanía, vive como siempre ha vivido y es tratable. Quizá pronto me resulte excesivo conocer a tanta gente, siendo tan pocos. Pero es el único inconveniente de momento. Hay un grupo de médicos, otro de funcionarios, algunos miembros de familias ilustres del lugar —venidas un poco a menos—, un alcalde, un obispo bondadoso —según dicen—, un clero reducido de sotana, que pasea por las afueras al atardecer. Gentes de bien, pero nadie con un relieve especial. Y de entre todos ellos unas cuantas personas con quienes conversar. Algunas especialmente cultas e informadas. Y la ciudad, como puedes ver, es preciosa.

—Entre tanta gente tan corriente te debes sentir el rey.

Vamos, que si fuera un circo, tú serías el trapecista o el domador de leones, la atracción principal.

—Qué mal intencionado. Sería, por qué negarlo, un invitado especial, como soy; estaría sentado en una especie de palco. Pero no dejaría que los focos me iluminaran para recibir el saludo de los presentes. Cada cosa en su momento y en su lugar. Por ahora me siento integrado, respetado y creo que hasta estimado. Y eso me añade sosiego.

—Me vas a perdonar, pero el divismo lo llevas grabado en la cara. Sólo con mirarte se descubre.

—Te noto agresivo. No sé a qué te refieres. Porque mi mayor deseo ha sido siempre ser respetado y hasta querido. En esta ciudad puede que algunos me admiren, pero te repito que sobre todo creo que soy respetado y estimado. Y yo les correspondo. Después de tres meses te ves como uno más. Bueno tal vez un poco distinto. Además sientes un cierto derecho de propiedad sobre la ciudad y sus costumbres. Por eso vislumbro el futuro y me alarmo. Hay una serie de colegas tuyos, con los que apenas tengo trato, que son muy suficientes, y se pueden convertir en grupo dominante en la ciudad. Son varios y se creen muy importantes. Es una amenaza que puede alterar la vida ciudadana. Y me molestaría. Por otra parte, debo reconocer que mi situación es un tanto inestable y puede suceder que conozca a tanta gente de aquí que me resulte insoportable. La villa es muy pequeña y puedes encontrarte en medio de una multitud de gente a quien hay que saludar constantemente. Luego, claro, está el inevitable cotilleo —que a mí no me llega, sino por Carla—. Y ése es el aspecto que más detesto de la vida provinciana. Se escandalizan por todo en cuanto sea algo distinto de lo habitual.

—Vamos, que por ahora te encuentras bien aquí y eres de alguna manera un poco árbitro de esto.

—Yo no he dicho nada de eso. Me siento un lugareño más, algo especial, pero lugareño que de vez en cuando se va

a Madrid y luego vuelve. Estoy afincado en las costumbres que veo alrededor, con los derechos que eso comporta. Por ponértelo fácil, me siento tan de aquí y tan arraigado, que soy un conservador de mi “statu quo” en esta ciudad. Y al mismo tiempo totalmente ajeno a sus gentes y costumbres.

–Es una buena contradicción. Pero yo no entiendo nada de las costumbres de las ciudades, y mucho menos de las pequeñas. Yo he vivido sólo en dos, y eran grandes.

Castor no quería hacer preguntas personales.

–¿Se nota en París la crisis económica?

–Ya sabes cómo es esa ciudad. Si te acercas a los problemas de la gente, claro que hay necesidades. Siempre las habrá. El que está raro es el mundo de la pintura. Sólo se vende lo muy bueno, o lo muy barato y hasta los consagrados creo yo que están a la última pregunta. Las cosas se arreglarán, como siempre, pero va para largo. El mundo del arte, salvo casos excepcionales, ha huido y se ha establecido en Nueva York.

–Pero tú siempre te has defendido bien en cualquier situación, por difícil que fuera.

–Bueno siempre he procurado no crearme necesidades. Se puede decir que lo que tengo es ausencia de necesidades. Pero ahora me agobia mi situación. Me he planteado venirme a Madrid. Noto mi desarraigo con aquello, o mi falta de horizontes allí, y tengo cierta intuición de que los encontraré aquí. Es mi propia desorientación la que me obliga al cambio y a pensar que en Madrid hay un ambiente propicio, que tal vez estoy perdiendo para siempre. O a lo mejor es una simple coyuntura para liquidar un pasado sin objetivos claros que alcanzar.

Era evidente que Juan se estaba reservando una información extraordinaria que quería darle y que no se atrevía o no sabía cómo hacerlo. Y, recordando su propio pasado, sintió un escalofrío.



–Aquellos dibujos que te mandé, ¿te sirvieron para algo?

Quería desviar la conversación del tema. O le estaba resultando más difícil de lo esperado confesarlo, o había decidido, puesto que iban a tener tiempo, dejarlo para un momento más propicio. Pero era raro, porque siempre había sido muy impulsivo. Tal vez el asunto era de especial gravedad. Decidió que era el turno de Juan, que tenía que ser él quien comenzara a hablar y que era estúpido hacer especulaciones gratuitas que no conducían a nada. Era preferible no acelerar los acontecimientos, aunque mantenía la curiosidad, acrecentada por momentos.

–Se los di a Ricardo, por si le servían para ilustrar su libro de viajes y me dijo que tenías que hacerle unos cambios para acomodarlos a la narración. Eran muy bonitos y creo que le servirán. Incluso podrás cobrar algo por ellos.

Concluido el almuerzo y pospuesta tácitamente la comunicación que uno debía dar y el otro esperaba recibir, Juan, ya que se quedaba, se propuso dormir la siesta y Castor escribir sus páginas de la tarde.

–Me espera mi literatura más personal. La que no admite encargos. Nunca he sido capaz de dormir la siesta, salvo casos de enfermedad, que, como han sido muchos, quizá me hacen no desearlo. Ahora aprovecho para hacer muñeca, y escribo pequeñas cosas como si se tratara de un ejercicio de entrenamiento.

–A mí me vendrá bien descansar, porque aunque el viaje es corto, he madrugado. Creo que no te he dicho que estoy dispuesto a venirme a vivir a Madrid y dejar París.

–Es lo primero que me has dicho.

Juan, después de soltar el mensaje, salió corriendo como si tuviera prisa por encontrar la cama donde dormir.